

Notas Internacionales

A pesar de que las operaciones militares continúan prácticamente estacionarias respecto de un resultado definitivo, la guerra civil en España es un tema fundamental en la vida diplomática. La U. R. S. S. se dio cuenta, desde el principio, que la derrota del gobierno de Valencia sería un rudo golpe para su influencia en Europa y en el resto del mundo. El gobierno de Blum empezó tolerando la ayuda de los comunistas franceses a sus camaradas españoles y hasta el ministro de aviación señor Pierre Cot, facilitó la entrega de aviones de bombardeo al gobierno de Largo Caballero. Innumerales voluntarios, cuantioso material bélico, cruzaron las fronteras para ayudar al frente popular de la península. Inglaterra por su parte mostraba cierto recelo por las actividades de Mussolini y temía que una preponderancia de Roma en el Mediterráneo amenazara, peligrosamente, la ruta de las Indias. Pero las cosas han comenzado a modificarse. Las seguridades dadas por Mussolini calman los nervios del Foreign Office, y la amenaza germana sobre el Rhin enfría los ardores de los socialistas franceses en favor de sus congéneres ibéricos.

El punto más difícil de solucionar ha sido el de la restricción de voluntarios extranjeros en las filas de los beligerantes. La columna internacional, de cerca de cuarenta mil hombres, es la base formidable de la defensa de Madrid. A raíz del acuerdo llevado a cabo entre las potencias, "Gentlemen's Agreement", el gobierno de Valencia se apresuró a la naturalización en masa de los voluntarios. La cancillería italiana hace presente la arbitrariedad de este acto unilateral, y los estorbos que presentará para la evacuación del territorio español por los ejércitos extranjeros.

Los ingleses afianzan cada vez su política de neutralidad. Garvin, cuya autoridad es indiscutible en estas materias, escribe en "The Observer". "En el decurso de 1937, nada debe inducir al pueblo británico a entrar en guerra por España. No existe actualmente ninguna amenaza contra ningún interés británico importante, sólo nuestra locura podría crear esta amenaza. No hay ninguna posibilidad de expansión territorial por parte del Führer y del Duce en esta dirección". La opinión británica es de este parecer. Toda la

propaganda de la república española para hacerle creer a los ingleses que el camino de las Indias, punto vital para Londres, quedaría amenazado de muerte con el triunfo de Franco, por las concesiones que éste haría a Hitler en Marruecos, y a Mussolini en las Baleares, ha sido vana. La política inglesa es de una cordura manifiesta. Y las promesas de las cancillerías de Berlín y de Roma han superado a las actividades de los laboristas.

La lucha continúa indecisa entre rebeldes y gubernamentales. Europa comprende que el triunfo de la reacción nacionalista no es amenaza para la paz de aquel continente. Pero si la victoria llegara a inclinarse del lado contrario, el problema de la guerra general volvería a presentarse. Roma y Berlín han manifestado que no tolerarían una agencia de la U. R. S. S. en España. No otra cosa sería el triunfo del gobierno de Valencia. Porque la democracia republicana ha desaparecido en forma absoluta, en la península.

* * *

Tema inquietante para el porvenir de la civilización es el rearme vigoroso de las potencias.

Alemania bajo la dura y mística impulsión de Hitler, es hoy una fábrica de armamentos que marcha a un paso vertiginoso.

Francia, por su parte, lanza un cuantioso empréstito "de la defensa nacional". A pesar de estar gobernado por un jefe socialista, la burguesía francesa ha suscrito los millones que se van a emplear en los planes militares del Estado Mayor. El peligro "del otro lado del Rhin" es una razón superior a todas las demás.

Inglaterra ha emprendido su más gigantesca construcción militar. En pocos años el imperio británico aspira a superar con sus fuerzas de mar y aire a las naciones rivales. Ochocientos millones de libras esterlinas es la suma del presupuesto presentado por Neville Chamberlain, para el Ministerio de Guerra.

Esta empresa militar ha traído como consecuencia una actividad sin precedente en la economía de la Gran Bretaña. Las materias primas como el cobre, el plomo, el zinc, tienen hoy una cotización extraordinaria. El alza ha sido vertical.

El economista, de reputación mundial, J. M. Keynes, ha dado una voz de alarma, en una serie de artículos publica-

dos en "The Times". ¿La presente prosperidad no se convertirá, muy pronto en una catástrofe? Tal es el punto que desarrolla tan autorizado hombre de ciencia y que ha impresionado vivamente a la opinión británica.

Pero el problema básico para las naciones cultas es el resultado del rearme. ¿Dónde terminará esta política? ¿Pueden los pueblos resistir la terrible carga de los presupuestos militares?

La trágica salida de la locura "armamentista" será una hecatombe que extinguirá la civilización occidental.

E. A.

